

BHUPATI había heredado mucho dinero y una generosa fortuna familiar, era pues lógico que no se molestara en trabajar. Sin embargo, por azares del destino, nació con una gran vocación por el trabajo. Fundó un prestigioso periódico en inglés que le sirvió para sobrellevar el aburrimiento que le producían su riqueza y su tiempo, del que disponía ilimitadamente.

Desde niño Bhupati había tenido una gran facilidad para la escritura y la retórica, y escribía incansablemente cartas a los directores de periódicos en inglés. También le encantaba hablar en asambleas, incluso cuando no tenía nada relevante que aportar a los discursos. Pasaron los años y su confianza y elocuencia en la composición y la oratoria en inglés crecieron notablemente, habilidades que se vieron reforzadas al recibir elogios y apoyo de influyentes líderes políticos. Lo admiraban por su riqueza y éxito, y deseaban que se uniera a su círculo.

Finalmente, su cuñado Umapati, un abogado frustrado y fracasado, se acercó a él con una súplica:

— Bhupati, ya es hora de que publiques tu propio periódico. Tienes la formación y las habilidades perfectas para ello.

Bhupati no solo estaba convencido, sino incluso inspirado por la propuesta. Creía que publicar en periódicos y revistas ajenas era humillante. Como propietario de su propia publicación, podría expresarse libremente, sin inhibiciones y con total libertad. Con la ayuda de su cuñado, asumió con entusiasmo su nuevo rol como fundador y editor de una nueva publicación.

Bhupati era joven, le apasionaba su trabajo editorial, la actualidad y la política mundial hasta el punto de la adicción, y no le faltaban personas que despertaran a diario su pasión por disentir.

Así, durante varios años, su inquebrantable dedicación a su publicación le impidió percatarse de que, en casa, su joven esposa, Charulata, se había convertido gradualmente en una joven hermosa. El editor, evidentemente, estaba preocupado por acontecimientos más importantes de la política nacional, como la política fronteriza del gobierno indio de la época.

En un hogar plagado de riquezas y aburrimiento, Charulata seguía viviendo, floreciendo como una flor que no podía dar fruto, no por necesidad, sino como un adorno

en medio de sus días y noches interminables y sin esfuerzo. No faltaba abundancia en la casa, solo un vacío abrumador que ella reconocía como propio.

Cualquier otra esposa habría discutido con su marido, protagonizado algunos dramas, dejando que las peculiaridades de la convivencia conyugal trascendieran y desafiaran todos los límites de la vida doméstica. Sin embargo, Charu no tuvo la fortuna de permitirse tales dramas. Cada vez le resultaba más difícil penetrar la delgada capa de papel que envolvía la atención de su esposo.

En una ocasión, una pariente, intentando llamar la atención de Bhupati hacia su joven esposa, lo reprendió. Con repentina lucidez, él respondió:

— Ah, bueno, Charu necesita la compañía de una amiga. Pobrecita, no hay nada en la casa para mantenerla ocupada.

Inmediatamente, llamó a su cuñado Umapati para que trajera a su esposa como acompañante de Charu. El editor supuso que Charu echaba de menos la compañía de una mujer de su edad, y que ese era el único vacío en su vida. De modo que se sintió aliviado cuando trajeron a Mandakini, la esposa de Umapati, para que le hiciera compañía.

En un momento en que la luz prístina del sol que ilumina la exploración

del amor entre un hombre y una mujer les permitiría descubrirse mutuamente bajo una luz nueva y rejuvenecedora, el hombre y la mujer, inconscientes del amanecer dorado y brillante de su amor mutuo, no se dieron cuenta de cuándo se había desvanecido el fresco aroma de la unión, dejándolos envejecidos, apagados y demasiado familiares el uno para el otro.

Charulata tenía una afinidad natural por la lectura y la escritura, y gracias a su inclinación literaria, sus días parecían ligeros. De diversas maneras, se había organizado para estudiar en casa. El primo de Bhupati, Amal, era estudiante de tercer año; Charulata le suplicó que la ayudara con sus estudios. Para ello, tendría que soportar muchos de sus constantes berrinches, que incluían incentivarlo a comer en hoteles, comprar libros caros de literatura inglesa e invitar a sus amigos a banquetes ostentosos. Charu había aceptado todo esto como su única responsabilidad en lugar de su tutela, como una especie de ofrenda a su gurú.

Bhupati no le exigía nada, las exigencias de Amal, en cambio, con el más mínimo pretexto de tutoría, eran interminables. Charu a veces fingía enfado y rebeldía, pero en el fondo, tenía que soportar esas pequeñas muestras de afecto.

En una ocasión, Amal exigió:

— Bouthan,¹ el yerno del Raja de nuestra universidad, entra en las instalaciones con un exclusivo zapato tejido a mano en tela de alfombra. ¡Quiero un par de zapatos así, pronto, de lo contrario me sentiría muy por debajo!

Charu:

— ¡Ah, bueno! ¿Ahora tengo que ser tu zapatero? ¡De ninguna manera! Coge algo de dinero y cómpralo en el mercado cuando quieras.

— ¡Oh no, no se encuentran hechos!

Charu realmente no sabía coser un zapato, pero no se lo admitiría a Amal. El hecho de que nadie más que Amal le exigiera nada la tentó a acceder a sus demandas. Así, discretamente y con esmero, comenzó a aprender el arte de coser sobre una alfombra cuando Amal se fue a la universidad. Más tarde, una tarde de verano, cuando Amal ya no necesitaba el zapato, su cuñada lo llamó.

Charu había preparado con esmero la cena de Amal en la terraza, con su plato cuidadosamente cubierto con una tapa de latón para protegerlo de la arena y el polvo. Amal regresó de la universidad, se aseó y se presentó en la terraza. Sentado en la estera, se sorprendió gratamente al descubrir un par de zapatos nuevos sobre su plato. Charu soltó una carcajada al ver su expresión de asombro y admiración.

Tras este incidente, las esperanzas de Amal se dispararon. De vez en cuando, pedía cosas nuevas para sí mismo: una bufanda, un intrincado bordado floral en su pañuelo de seda, una funda bordada para evitar manchas de aceite en el gran sillón donde se sentaba en su habitación.

Cada vez que Charu se oponía, discutía con él, pero cada vez trabajaba meticulosamente, con profundo cariño, para satisfacer sus pequeñas necesidades. A veces Amal le preguntaba:

— Bouthan, ¿cuánto has hecho?

A veces Charulata le mentía y le decía:

— Nada.

Otras veces decía:

— Oh, lo había olvidado por completo.

Pero Amal era implacable. Todos los días se lo recordaba, exigía su atención. Por un lado, Charu lo provocaba y lo burlaba con su fingida indiferencia y sus simuladas peleas; por otro, se divertía concediéndole sus plegarias de repente e inesperadamente.

En toda su casa, Amal era el único que la hacía trabajar para él. Era un acto de trabajo voluntario que alimentaba los deseos de su corazón y satisfacía sus anhelos más profundos e inconfesados.

Bhupati tenía un terreno adyacente a las habitaciones interiores de su casa, que en

realidad no era un jardín. Entre las codiciadas plantas de ese jardín, había un árbol silvestre de ciruelo importado.

Charu y Amal planearon en su momento crear un comité para su renovación, dibujando ilustraciones, trazando planos con tiza e imaginando el nacimiento de un jardín en aquel pequeño terreno.

Amal dijo:

— Bouthan, tendrás que regar las plantas de nuestro jardín con tus propias manos, como las princesas de antaño.

Charu se divirtió. Respondió:

— Y en ese rinconcito escondido al oeste, tendremos una pequeña cabaña, con un cervatillo, un cervatillo.

— Y también tendremos nuestro pequeño y pintoresco lago, donde nadarán los patos.

El rostro de Charu se iluminó ante la propuesta.

— Haremos flotar lotos azules en el lago; es un sueño que he tenido desde hace mucho tiempo.

— También construiremos un puente sobre el lago y se amarrará una pequeña embarcación en los embarcaderos, dijo Amal.

— Y el rellano se construirá con mármol blanco.

Amal comenzó a dibujar un mapa detallado de su preciada tierra en papel, con lápiz, regla y

compás. Día tras día, su proyecto colaborativo fue tomando nuevas formas y formas, con cambios implementados diariamente, dando como resultado entre veinte y veinticinco mapas en total.

Comenzaron a calcular los costos de implementar el proyecto en la práctica. Charu había pensado inicialmente en invertir en el jardín poco a poco, con la ayuda de la asignación mensual que recibía. Sabía que Bhupati no sabía ni le importaba lo que sucedía dentro de la casa. Una vez que el jardín estuviera listo, lo invitaría y le daría una sorpresa. ¿Cómo se sentiría al ver el jardín construido con tanta belleza e innovación?, pensó. Bhupati debía estar encantado de descubrir un jardín japonés recién creado en su propia casa, como por arte de magia.

Sin embargo, los recursos financieros nunca fueron suficientes, a pesar de sus estimaciones conservadoras. Amal comenzó a modificar el mapa nuevamente. Dijo:

— Bouthan, creo que tendremos que omitir el plano del lago.

Charu protestó:

— No, el lago tiene que estar ahí, pase lo que pase. ¿Y qué hay de los lotos azules con los que he soñado flotando allí?

Amal dijo:

— Entonces no hace falta una cabaña elegante con tejas para tu cría de ciervo. Pode-

mos ponerle un techo sencillo de paja.

Charu se enfureció:

— Entonces no necesito esa cabaña para nada, respondió.

El ostentoso plan de importar clavos de Mauricio, sándalo de Kornat y plantas de canela de Sri Lanka fue abandonado. Amal quería sustituirlos por plantas sencillas, tanto indias como extranjeras, compradas en el mercado local de Maniktala. Charu, furiosa, exclamó:

— Olvídate del jardín. Ya no lo quiero.

En general, esta no es la forma ideal de elaborar un presupuesto. Sin embargo, a Charu le resultaba imposible reprimir la imaginación desbordante que la rodeaba, además de ajustarse a un presupuesto estricto. Asimismo, para Amal, a pesar de lo que decía, no era apropiado transigir de esa manera.

Amal dijo:

— Bouthan, ¿por qué no le hablas de este jardín a Dada?* Estoy seguro de que él lo patrocinará.

A Charu no le gustó la idea.

— ¿Qué pasará con la diversión y la aventura de construir un jardín nosotros solos si le pido que lo financie? Él puede encargarse y construir un Eden Gardens³ cuando quiera, pero ¿qué pasará con nuestro propio plan?

Sentados bajo la sombra del ciruelo silvestre, Charu y Amal se deleitaban con la fantasía de su

sueño imposible. La cuñada de Charu, Mandakini, los llamó desde arriba.

¿Qué están haciendo ustedes dos en el jardín?

Charu respondió: — Estamos buscando ciruelas maduras.

Manda se sintió tentada. — Si encuentran, tráiganme algunas, dijo.

Charu y Amal reían juntos, deleitándose con la gloria y el placer de sus insignificantes sueños. Manda, la cuñada de Charu, carecía de la generosidad de la imaginación, por lo que, naturalmente, quedaba fuera de ese idílico mundo de ensueño y de los planes imposibles que ambas concebían.

Las especulaciones sobre aquel jardín esquivo continuaban, mientras la imaginación era desenfrenada e indomable, por lo que el comité bajo el ciruelo silvestre seguía esbozando sus sueños, mientras Amal marcaba los lugares donde habían planeado el lago, la cabaña para el cabrito, el embarcadero de mármol.

Un día, Amal comenzó a marcar el terreno con un hacha pequeña, intentando delimitar el jardín de sus sueños. Charu descansaba a la sombra de un árbol, observando atentamente lo que hacía Amal. De repente, dijo:

— Amal, si supieras escribir, sería muy divertido.

Amal preguntó:

— ¿Pero por qué piensas eso?

Charu:

— Bueno, entonces te habría pedido que escribieras una historia describiendo nuestro jardín, con el lago, la cabaña para los ciervos, la sombra que da el ciruelo silvestre. Habría sido un mundo solo para nosotros dos, nadie más lo entendería. ¿Te animas a escribir? Estoy segura de que puedes hacerlo.

— Si puedo hacerlo, ¿qué obtendré a cambio?

— Dime qué quieres.

— Voy a dibujar un diseño floral en mi mosquitera, tú tendrás que bordarlo con seda.

— ¡Esto es una auténtica locura! exclamó Charu. Nadie ha oído hablar jamás de bordar el techo de una mosquitera.

En respuesta, Amal continuó rebelándose contra la arraigada tradición de considerar el mosquitero como una prisión, desprovista de belleza. Según su explicación, esto era prueba suficiente de la falta de sensibilidad estética de la mayoría de las personas en este mundo, a quienes no les afecta en lo más mínimo esta vulgaridad.

Charu admitió de inmediato las conclusiones de su argumento y se alegró enormemente de que el comité secreto del que formaban parte no

representara a esa enorme mayoría de la gente.

Ella dijo:

— Muy bien, diseñaré el techo de tu mosquitera si empiezas a escribir.

Amal sonrió misteriosamente.

— ¿Crees que no sé escribir?

Charu rebosaba de emoción.

— Seguro que has escrito algo, ¿verdad? Enséñamelo.

Amal evitó su mirada.

— Déjalo, Bouthan. Será otro día.

Charu insistió:

— No, tienes que enseñármelo hoy. Tráelo aquí.

Amal se había esforzado mucho por resistir la tentación de compartir sus escritos con Charu; era plenamente consciente del excesivo afán de su cuñada por descubrir su mundo literario; temía que no le gustara y no había manera de superar ese sentimiento.

Él trajo su ejemplar y comenzó a leerle, sonrojándose y tosiendo un poco. Charu lo escuchaba, recostada contra un árbol, con los pies extendidos sobre el césped.

El tema del ensayo de Amal era «Mi cuaderno». Amal había escrito:

— Oh, mi cuaderno blanco impoluto, mi imaginación aún no te ha tocado. Eres tan prístino y enigmático como la frente divina de un recién nacido en la sala de partos, intacto

por las manos del señor del destino. Hoy no es el día en que escribiré una conclusión en tu última página. Tus páginas vírgenes y blancas aún no sueñan con esa página final marcada con tinta trágica.

Charu escuchaba mientras él seguía leyendo, inmóvil como una estatua, sobrecogida. Tardó un rato en responder, después de que terminara la lectura.

— ¿Cómo es que todavía crees que no sabes escribir?, dijo.

Ese día, bajo la sombra del ciruelo silvestre, Amal bebió por primera vez el embriagador néctar de la literatura. La bebida era fresca y tentadora, mientras ambos contemplaban el hermoso juego de luces y sombras en aquella misteriosa tarde.

Charu le recordó que había recogido algunas ciruelas silvestres para Mandakini. Ella no deseaba compartir sus aventuras literarias ni de otro tipo con su ingenua cuñada; las frutas se recogieron para ella para satisfacer su curiosidad.

AMAL y Charu no se percataron de